

María Pollitzer

Democracia y estancamiento : Aportes tempranos de Alexis de Tocqueville y John Stuart Mill - 1a ed. - Buenos Aires : Miño y Dávila editores, 2016.

320 p. ; 22.5x14.5 cm.

ISBN 978-84-16467-11-2

IBIC JFCX, JPFK, HPS

© 2016, Miño y Dávila srl / Miño y Dávila editores sl

Edición: Primera. Marzo de 2016
Armado y composición: Eduardo Rosende
Diseño: Gerardo Miño

Prohibida su reproducción total o parcial, incluyendo fotocopia, sin la autorización expresa de los editores.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

MIÑO y DÁVILA
EDITORES

Página web: www.minoydavila.com

Mail producción: produccion@minoydavila.com

Mail administración: info@minoydavila.com

Dirección postal: Miño y Dávila s.r.l.
Tacuarí 540. Tel. (+54 11) 4331-1565
(C1071AAL), Buenos Aires, Argentina.

María Pollitzer

DEMOCRACIA y ESTANCAMIENTO

*Aportes tempranos de
Alexis de Tocqueville y John Stuart Mill*



MIÑO y DÁVILA
EDITORES

A Santiago, Clari, Agus, Feli y Marcos.

ÍNDICE

7 Introducción



15 PRIMERA PARTE

Breve semblanza de una amistad intelectual

17 Capítulo I

Un encuentro fructífero

25 Capítulo II

John Stuart Mill

47 Capítulo III

Alexis de Tocqueville

65 Capítulo IV

Interpelados por un mundo “nuevo”



83 SEGUNDA PARTE

Diálogo acerca de la enfermedad del siglo

85 Capítulo I

La percepción del problema

103 Capítulo II

Dificultades y riquezas de una aproximación dialógica

- 117 Capítulo III**
El estancamiento político
- 157 Capítulo IV**
El estancamiento moral e intelectual
- 177 Capítulo V**
A modo de síntesis. Posibles lecturas del fenómeno del estancamiento



- 181 TERCERA PARTE**
Remedios para evitar el estancamiento en una sociedad democrática
- 183 Capítulo I**
El principio del antagonismo en la teoría política de Mill y Tocqueville
- 193 Capítulo II**
El lugar del antagonismo en el diseño institucional
- 221 Capítulo III**
La apuesta por una sociedad plural
- 263 Capítulo IV**
El antagonismo en el plano individual
- 297 Conclusiones**
- 307 Bibliografía consultada**

INTRODUCCIÓN

Desde hace varias décadas los estudios sobre la democracia constituyen una de las áreas de mayor producción teórica y empírica dentro de las Ciencias Políticas. Sus desafíos, las tensiones con las que se encuentra y las incertidumbres que subyacen en ella han sido objeto de innumerables análisis y prolongados debates. El presente libro se remonta al siglo XIX y se propone contribuir a las discusiones contemporáneas a la luz de la reflexión que por entonces hicieron Alexis de Tocqueville (1805-1859) y John Stuart Mill (1806-1873). Ambos pensadores se mostraron particularmente interesados por comprender el fenómeno de la transición democrática, por sondear su naturaleza para advertir en ella no sólo sus potencialidades sino también sus posibles riesgos. Conscientes de que presenciaban los inicios de una época nueva, tanto Tocqueville como Mill entendieron que el advenimiento de la democracia era un hecho necesario, irrevocable e irresistible y, por lo tanto, se dejaron interpelar por los desafíos que ella traía aparejados. Sus voluminosas obras dan cuenta de ello.

Si bien es cierto que cada uno provenía de un contexto sociopolítico diferente y que sus recorridos intelectuales no fueron exactamente iguales, es posible advertir en el conjunto de su reflexión política un haz de preocupaciones e intuiciones que los encuentra hermanados. Esta común percepción permitió que se gestara entre ellos una prolongada y fructífera amistad. Como

es bien sabido, Mill se ocupó personalmente de la recensión de los dos volúmenes de la *Démocratie en Amérique* (obra para la que no escatimó elogios) y Tocqueville colaboró con la revista dirigida por su par inglés, la *London and Westminster Review*, publicando en ella su ensayo titulado “État social et politique de la France avant et après 1789”. Habiéndose visto únicamente en 1835, esta amistad se mantuvo viva a través de un intercambio epistolar por demás interesante. Y fue precisamente a través de este medio que ambos compartieron sus impresiones acerca de uno de los peligros más acuciantes que se cernía sobre las nacientes democracias: el estancamiento. Así, en una carta fechada en mayo de 1840, Mill felicitaba a su colega francés por las reflexiones contenidas en el segundo volumen de su libro y manifestaba su alegría por haber encontrado alguien con quien compartir una preocupación que lo venía aquejando desde hacía algunos años: “el verdadero peligro para la democracia –afirmaba entonces–, el mal verdadero contra el que hay que luchar, empleando todos los recursos humanos, mientras no sea demasiado tarde para que no sean sino suficientes para contenerlo, no es la anarquía ni el amor al cambio, sino el estancamiento y la inmovilidad a la china”¹.

El estancamiento que ambos denunciaron podía anidar tanto en el mundo político como en el ámbito intelectual y moral. Se presentaba a sus ojos como “la fuente principal de casi todos los males sociales”², como una “suerte de sopor apopléjico que, si perdura mucho tiempo, (...) llevará inevitablemente a una gran desgracia”³. El estancamiento se nutría de numerosas causas e implicaba la pérdida de la libertad política y el cercenamiento de la libertad individual. A su vez, facilitaba la irrupción de nuevas formas de opresión, ejercidas tanto desde la esfera estatal como desde la misma sociedad. Se trataba, en fin, de un peligro no sólo

1. A. de Tocqueville- J.S.Mill. *Correspondencia*. México, FCE, 1985, p. 97.

2. Cfr. carta de Mill dirigida a Ralph Waldo Emerson 12-8-1867, en: *The Collected Works of John Stuart Mill*, ed. J.M. Robson. Toronto, University of Toronto Press, London, Routledge and Kegan Paul (1963-1991), Vol. XVI, p. 1306. [En adelante *CW*].

3. Cfr. carta de Tocqueville enviada a E. Stöffels, 12-1-1833, en: BOESCHE, R., *A. de Tocqueville. Selected Letters on Politics and Society*, University of California Press, 1985, p. 81. [En adelante, *SL*].

potencial sino también real que se manifestaba tanto en Francia como en Inglaterra.

Las referencias directas a este fenómeno aparecen tempranamente y de manera recurrente en los escritos de Mill y de Tocqueville. Tanto sus grandes obras como sus correspondencias privadas, sus contribuciones periodísticas o sus intervenciones parlamentarias están recorridas, entre otras, por esta preocupación. Sin embargo, la lectura que ellos ofrecieron acerca del estancamiento, de sus causas y consecuencias, así como de los remedios eficaces para combatirlo, parece estar ausente en la vasta bibliografía que existe sobre cada uno de estos pensadores. En este marco, la presente investigación aspira a iluminar un aspecto de su reflexión que no fue abordado de manera directa hasta ahora y en ello pretende justificarse la originalidad de esta empresa. El trabajo no ofrece, por tanto, un estudio biográfico de cada uno de los autores escogidos, tarea que ha sido emprendida con gran maestría por varios académicos. Tampoco presenta un análisis exhaustivo sobre el pensamiento de ambos, un objetivo de cumplimiento casi imposible. Lo que busca es confrontar las miradas de dos de los más importantes pensadores del siglo XIX sobre una problemática que ambos visualizaron como capital para el futuro de la democracia. Se trata, sin lugar a dudas, de dos miradas distintas, aunque no necesariamente opuestas. Parte de sus diagnósticos o sus propuestas difieren, pero en su conjunto es posible observar que sus lecturas sobre el peligro del estancamiento confluyen y se complementan. Una aproximación comparada, como la que aquí se propone, enriquece el análisis y ayuda a comprender la manera en la que la tradición liberal pensó el fenómeno democrático.

La elección de los autores no ha sido casual. Más allá de las posibles y atendibles precisiones, ambos pertenecen a la tradición liberal y han entrado en la categoría de autores “clásicos”, cuyo legado ha trascendido su contexto inmediato y forma parte de la “gran conversación de Occidente”. Fueron coetáneos y amigos y supieron reconocerse como “compañeros de ruta” en su intento por preservar la libertad en el seno de una sociedad que caminaba hacia la igualdad. El vínculo establecido entre Mill y Tocqueville, la naturaleza de su relación y el grado de influencia

que cada uno ejerció sobre el otro son dimensiones que ya han sido estudiadas y las opiniones han variado a lo largo de los años. Los primeros biógrafos de Mill (A. Bain, L. Stephen y M. Packe) optaron por ceñirse a las palabras del mismo inglés, quien en su *Autobiography* explicaba que, en términos generales, el cuerpo de sus ideas principales se había conformado con anterioridad al contacto establecido con su par francés. En consecuencia, no asignaron en sus estudios mayor relevancia a dicha relación. Esta primera mirada fue puesta en tela de juicio por J. P. Mayer, quien en la introducción a la edición de la correspondencia entre ambos pensadores destacó como decisiva la influencia ejercida por Tocqueville en la génesis de la filosofía política presente en las *Considerations on Representative Government*⁴. En esta misma línea se ubican, entre otros, los trabajos de I. W. Mueller (1956) y de T. Qualter (1960). La primera cree que el impacto de Tocqueville no se limitó a ideas sobre democracia y centralización sino que se extendió sobre temas relativos al socialismo, la cooperación, las asociaciones voluntarias, la competencia, la protección de los derechos de los trabajadores, los efectos de la gran industria y la intervención estatal en la esfera industrial. Por su parte, Qualter destaca la figura de Tocqueville como una de las que mayor incidencia tuvo en el progresivo distanciamiento de Mill con respecto a la tradición benthamista. Sostiene que la lectura de la *Démocratie en Amérique* lo hizo tomar conciencia de los peligros potenciales para la libertad individual en una sociedad igualitaria, peligros que él “no había sospechado diez años antes”⁵. Considera la segunda reseña que Mill publica sobre el volumen de 1840 como una de sus obras más importantes y llega a sugerir que, en el fondo, *On Liberty* no es sino una consecuencia del “profundo impacto” que Tocqueville causó sobre Mill.

Desde una posición más moderada, autores como J. Lively (1962) o H. O. Pappé (1962) sostienen que en las cuestiones relativas a la democracia, la centralización y el individualismo hubo

4. MAYER, J. P., “Introduction” en: TOCQUEVILLE, A., *Œuvres complètes*. Tome VI, vol. 1: *Correspondance anglaise avec Reeve et J. S. Mill*. Paris, Gallimard, 1954, p. 18.

5. QUALTER, T., “J.S. M, disciple of Tocqueville”, *The Western Political Quarterly*, 13, 4, 1960, p. 887.

una relación de cierta reciprocidad entre ambos pensadores y no un vínculo de maestro-alumno. Es más, según Pappé, Tocqueville es percibido por Mill como la culminación de una escuela de pensamiento preexistente y no como su iniciador. Advierte, a su vez, sobre el hecho de que son muy pocas las ocasiones en las que el nombre del viajero francés aparece en los escritos de Mill y concluye que “no existe un monumento para Tocqueville en las grandes obras de Mill”⁶.

Si bien muchos siguen destacando el lugar especial que Tocqueville supo ocupar entre el vasto círculo académico con el que se relacionó Mill⁷, estudios más recientes han intentado colocar al francés precisamente dentro de este concurrido espacio para, recién entonces, lograr precisar el verdadero impacto de sus ideas. Así, G. Varouxakis (1999) ha puesto el acento, por ejemplo, en la influencia que Guizot ejerció sobre Mill y que de alguna manera “preparó el terreno” para la recepción posterior del trabajo de Tocqueville.

-
6. PAPPÉ, H. O., “Mill and Tocqueville”, *Journal of the History of Ideas*, 25, 1964, p. 230. Las referencias a Tocqueville aparecen no sólo en su *Autobiography* y en las dos reseñas que publica sobre sendos volúmenes de la *Démocratie en Amérique*, sino también en varios artículos publicados en distintas revistas londinenses, tales como: “Rationale on Representation” (1835), “State of society in America” (1836), “A. Carrell” (1837), “Lord Brougham and M. de Tocqueville” (1843), “Centralisation” (1862). También lo nombra en su correspondencia con Joseph Blanco White (1835-1838), con G. Beaumont en 1861, con un corresponsal americano no identificado en 1865 y con Frederick Furnival en 1871.
 7. J. Robson sostiene que la influencia de Tocqueville fue “única” y que su efecto principal fue “acabar la revolución en su pensamiento político, una revolución que había comenzado con las críticas de Macaulay” (*Improvement of Mankind: the social and political thought of J.S. Mill*. Toronto, 1968, p. 107, citado por: HAMPSHER-MONK, I., *Historia del pensamiento político moderno. Los principales pensadores políticos de Hobbes a Marx*, Barcelona, Ariel, 1996, p. 404). N. Capaldi también asigna a Tocqueville “una enorme y duradera influencia” sobre el pensamiento de Mill (*J.S. Mill: a biography*, Cambridge, 2004, pp. 126-127). El mismo J. C. Rees habla de una impresión “tremenda y duradera”, cuando se refiere al encuentro entre ambos pensadores a mediados de la década de 1830 (“H.O. Pappé on Mill”, *Political Studies*, Vol. X, 1962, p. 202). D. Negro Pavón afirma que *Considerations on Representative Government* “constituye una segunda parte de la reacción de Mill al fantástico cuadro de la democracia salido de la pluma de Tocqueville: en *On Liberty* aportó su contribución filosófica, en *Representative Government* su contribución práctica” (“Introducción”, *Consideraciones sobre el gobierno representativo*, Madrid, Tecnos, 1985, p. xix).

En cuanto a la influencia inversa, es decir, a aquella ejercida por Mill sobre Tocqueville, los análisis son más parcos. En su estudio sobre las deudas intelectuales del francés, L. Diez del Corral no le asigna a Mill un lugar muy destacado. El español lo atribuye a la falta de interés por la filosofía que Tocqueville manifestó a lo largo de su vida⁸. En el mismo sentido, L. Siedentop destaca el poco eco que produjo en él el *System of Logic* que Mill le envió ni bien fue publicado⁹. J. Lively, por su parte, considera que Tocqueville se vio influido por Mill puntualmente en cuatro temas: la cuestión de la necesidad y la libertad, el carácter nacional, la distinción entre representación y delegación y la actitud adoptada por los ingleses ante la tendencia hacia la centralización administrativa¹⁰.

Ahora bien, volviendo al tema puntual que nos convoca, es preciso señalar que, a pesar de que ambos autores reiteraron en varias oportunidades su preocupación con respecto al estancamiento y la inmovilidad “al estilo chino”, convencidos de que se trataba de un peligro inédito que reclamaba con urgencia nuevas respuestas, ninguno de los dos dedicó una obra específica para analizar este desafío. En otras palabras, ni Mill ni Tocqueville abordaron el tema del estancamiento de manera sistemática. Por lo tanto, la tarea que se impone consiste en “rastrear” dicha preocupación en el conjunto de su producción escrita, para poder así reconstruir el diagnóstico al que ambos arribaron y poder visualizar las alternativas sugeridas. Para ello será necesario examinar no solamente sus grandes obras¹¹ (en las que sin duda

8. DIEZ DEL CORRAL, L., *El pensamiento político de Tocqueville*. Madrid, Alianza, 1989, p. 41.

9. SIEDENTOP, L., *Tocqueville*. Oxford, Oxford University Press, 1994, p. 111.

10. LIVELY, J., *The social and political thought of Alexis de Tocqueville*. Oxford, Clarendon Press, 1962, citado por Pappe, H.O., “Mill and Tocqueville”, *The Western Political Quarterly*, 13, 14, 1960, p. 231.

11. Las obras completas de Tocqueville fueron reunidas en primer lugar por su compañero de viajes, Gustave de Beaumont entre 1864-1866 y editadas por Michel Lévy Frères en nueve volúmenes. En los casos en que se utilice esta edición se la citará como *OCB*. A partir de 1951, gracias al trabajo de J. P. Mayer y la editorial Gallimard esta empresa fue revisada y completada, y se publicaron dieciocho tomos. Se la citará como *OC*. Para la *Democracia en América*, el *Antiguo Régimen y la Revolución* y “Estado social y político de Francia antes y después de 1789”, las citas se extraerán de la edición española

se encuentran referencias importantes sobre esta problemática), sino también los artículos que publicaron en diversos periódicos y revistas (*Le Siècle* y *Le Commerce*, en el caso de Tocqueville, y *Examiner*, *Monthly Repository*, *Westminster Review*, *London and Westminster Review*, *Edinburgh Review*, entre otras, el caso de Mill), sus respectivas intervenciones parlamentarias y, por último, su abundante correspondencia¹². En todas estas instancias, el análisis de las fuentes estará guiado por una mirada hermenéutica, atenta a considerar el contexto tanto histórico y como discursivo que circunscribe la obra de cada uno de los autores estudiados. Ello permitirá dimensionar con mayor precisión la originalidad de su pensamiento y, al mismo tiempo, detectar con mayor claridad las coincidencias y discrepancias (en lo que se refiere al tema específico de este trabajo) entre Tocqueville y Mill.

El trabajo se encuentra estructurado, así, en tres grandes partes. En la primera, se presenta una breve semblanza de la amistad intelectual que unió a ambos pensadores. En ella se busca precisar cuál era el momento vital y discursivo en el que cada uno se encontraba inmerso al momento de conocerse; cuáles fueron los temas sobre los que intercambiaron opiniones; cuáles sus primeras impresiones sobre la nueva sociedad que se asomaba

realizada por Alianza (2006 [1980] y 1989 [1982], respectivamente). Para los borradores y notas suprimidas de ambos volúmenes de la *Democracia* se utilizará la edición crítica y bilingüe a cargo de E. Nolla: TOCQUEVILLE, A., *Democracy in America*. Indianapolis, Liberty Fund, 2010, 4 vol.

En el caso de Mill, sus obras completas han sido editadas bajo la dirección de J. M. Robson y la Universidad de Toronto y se encuentran actualmente digitalizadas gracias a la labor de Liberty Fund. Se las citará como *CW*.

12. Mill mantuvo una amplia correspondencia con los pensadores más destacados de su época. Entre sus principales interlocutores se destacan T. Carlyle, G. d'Eichthal, A. Comte, A. de Tocqueville, A. Bain, J. Michelet, G. Mazzini, L. Blanc, J. Sterling, G. Grote, J. Chapman, Ch. Dickens, J.E. Cairnes, E. Chadwick, H. Fawcett, T. Hare, G.C. Roberston, Holyoake, H. Spencer, P. Villari, Th. Gomperz, W. T. Thornton, W. Fox y R. B Fox, entre otros. Por su parte, Tocqueville también fue un asiduo cultor de este género. F. Mélonio afirma que él era consciente de la importancia de las cartas, las clasificaba cuidadosamente en sus archivos y ello nos muestra que había soñado en una publicación póstuma. (Cfr. *Lettres Choisies*, Paris, Gallimard, 2003, pp. 12-22). Las cartas citadas en el trabajo están extraídas en su mayor parte de esta selección (y se las citará como *LCH*) aunque también se ha consultado aquella reunida por BOESCHE, R., *A. de Tocqueville. Selected letters on politics and society*. University of California Press, 1985. En este caso se citará como *SL*.

y, por último, de qué manera creyeron conveniente y adecuado abordar su estudio. La segunda parte está destinada al análisis puntual del estancamiento. Su objetivo es reconstruir, a través de una lectura transversal de sus obras, el diagnóstico al cual Mill y Tocqueville arribaron. Es decir, detectar aquellos factores que, a sus ojos, propiciaban la implantación del estancamiento, especificar la naturaleza de este fenómeno, señalar sus posibles consecuencias y detectar, finalmente, los escenarios sobre los que éste se cernía. En la última sección se analizan las propuestas y alternativas que ambos visualizaron para remediar este mal.



PRIMERA PARTE

Breve semblanza de una amistad intelectual

A la hora de entablar una lectura comparada sobre el problema del estancamiento en la sociedad democrática del siglo XIX, resulta indispensable presentar a los interlocutores escogidos. El presente apartado no pretende, sin embargo, acercar un estudio biográfico exhaustivo de Mill y de Tocqueville, sino que se concentra más bien en aquellos aspectos de su entorno familiar y social y de su formación intelectual que contribuyen a explicitar el momento vital y discursivo en el que se encontraba cada uno al momento de conocerse, es decir, a mediados de la década de 1830.

Mucho se ha escrito acerca de la naturaleza de la amistad que unió a ambos pensadores y de la influencia que uno ejerció sobre el otro. Como se mencionó en la Introducción, hay quienes tienden a minimizar el impacto ejercido por Tocqueville sobre Mill por cuanto sostienen que el cuerpo de ideas principales del inglés se había conformado con anterioridad al contacto establecido con su par francés, y quienes, por el contrario, adjudican a Tocqueville una influencia decisiva sobre el pensamiento político del inglés. Estas lecturas bien podrían aplicarse al caso concreto del análisis que ambos hicieron sobre el fenómeno del estancamiento. La semblanza que se ofrece a continuación se propone, justamente, como una antesala necesaria para poder abordar dicha discusión. En el primer capítulo se detallan las circunstancias en las que Mill y Tocqueville se conocieron, las obras que cada uno leyó del otro, la opinión que ellas les merecieron y, por último,

los temas abordados en su correspondencia epistolar. Presentado este “encuentro fructífero”, los capítulos II y III están reservados respectivamente a la descripción de aquellos aspectos relevantes en la vida de Mill y de Tocqueville según los criterios mencionados más arriba. Finalmente, el capítulo IV, “Interpelados por un mundo nuevo”, tiene por objeto señalar las notas salientes con las que estos agudos observadores identificaron a la nueva sociedad y la manera en la que creyeron conveniente afrontar su estudio.



Capítulo I

Un encuentro fructífero

La primera mención de Tocqueville por parte de Mill data de febrero de 1835. En una carta dirigida al teólogo y poeta español Joseph Blanco White, Mill confiesa que todavía no ha leído el libro del que le había hablado Nassau Senior (*La Démocratie en Amérique*) pero, como sospecha que se trata de una gran obra, le solicita que prepare una reseña para publicar en la *London Review*. Fue durante el mes de abril cuando el inglés comenzó su lectura y, según sus propias palabras, su primera valoración fue altamente positiva¹. A principios de mayo, en una carta enviada a otro de los colaboradores de la mencionada revista, Aristide Guilbert, sostiene que se trata de un trabajo admirable, pide mayores referencias sobre Tocqueville y se muestra interesado por conocer sus ideas y su reputación en Francia².

Su curiosidad no tuvo que esperar demasiado. A fines de mayo, ambos pensadores fueron introducidos por un amigo en común, el economista W. Nassau Senior. Por ese entonces Tocqueville se encontraba en Inglaterra en compañía de Gustave de Beaumont. Su arribo a la isla había estado precedido por la fama que las primeras reseñas de su obra habían contribuido a fomentar³. En

1. Carta de J.S. Mill a J. B. White, enviada el 15-4-1835. Cfr. *CW*, Vol. XII, p. 259.

2. Carta de J.S. Mill a A. Gilbert, enviada el 8-5-1835. Cfr. *CW*, Vol. XII, p. 261.

3. Tocqueville había publicado en enero el primer volumen de *La Démocratie en Amérique*. En su conocida biografía, A. Jardin recoge las principales opiniones sobre esta obra vertidas en la prensa francesa de entonces. (Cfr. *Alexis de Tocqueville. 1805-1859*. México, FCE, 1997 [1984], pp. 181-185). Este segundo viaje de Tocqueville a Inglaterra se extiende desde el 21 de abril al 23 de

Londres se aguardaba aún la traducción al inglés, tarea que estaba en manos de Henry Reeve, a quien Tocqueville había conocido unas semanas antes en París. Cabe señalar que Henry Reeve era el sobrino de John y Sarah Austin, los vecinos de Mill con quienes él había estudiado alemán y derecho romano.

Mill y Tocqueville se vieron únicamente en dos oportunidades, el 26 y el 29 de mayo de 1835⁴, y a partir de entonces mantuvieron una modesta pero interesante correspondencia⁵. Entre los principales temas abordados en este intercambio epistolar se destacan los siguientes:

- *El espíritu que anima a la London Review*: Mill lo invita a participar, no sólo a través de artículos que iluminen al público inglés sobre la realidad francesa y la americana, sino también en la impronta y la dirección que soñaba para esta revista de reciente creación. Confía en que sus ideas ayudarán a decidir si ella “servirá para ilustrar al público inglés sobre los asuntos de alta política o solamente para excitar el espíritu democrático sin darle los principios capaces de regular su marcha”⁶. Aparecen asimismo varios comentarios relativos a la necesidad de una verdadera libertad de prensa en ambos países y al rol que ésta desempeña en la nueva sociedad.
- *Reflexiones suscitadas a raíz de la obra de Tocqueville*: si bien Mill ofrece un detallado análisis de la *Démocratie en Amérique* en las dos reseñas que publica, en estas cartas deja traslucir

agosto. A mediados de junio regresa por unos días a Boulogne para presenciar la conversión de su futura esposa, Mary Motley.

4. Son reiteradas las oportunidades en las que Tocqueville extiende una invitación a Mill para que lo visite en el Continente pero, aparentemente, tal encuentro nunca llegó a concretarse. Mill realizó varios viajes a Francia y Tocqueville uno más a Inglaterra (hacia 1857) pero ambos pensadores no volvieron a verse.
5. En términos comparativos, las cartas que se conservan de este intercambio en particular son relativamente pocas. Gracias a la edición de Mayer, conocemos 36 cartas en total, fechadas entre junio de 1835 y febrero de 1859. Sólo a modo indicativo, Mill envió 39 cartas a otro francés, A. Comte, entre 1841 y 1847 y Tocqueville intercambió con el inglés H. Reeve, cerca de 160 en un lapso de treinta años.
6. Carta de Mill a Tocqueville, fechada el 11-6-1835. Cfr. *C.W.*, Vol. XII, pp. 137-138. Mill también extiende a G. de Beaumont la invitación para participar en la nueva revista.

tanto elogios como reparos y objeciones que el francés parece recibir con agrado. Es también a través de este medio, que Tocqueville confiesa a su par la intención profunda que anima sus escritos, y señala el auditorio hacia el cual están dirigidos⁷. El francés manifiesta su alegría por haber encontrado un lector atento que ha comprendido “exactamente” su mensaje y para quien el “novedoso método” por él utilizado no ha pasado desapercibido. “Por fin me veo juzgado por un espíritu muy elevado que se tomó la molestia de penetrar en mis ideas y de someterlas a un análisis riguroso. Solo vos, os repito, me habéis dado este placer”⁸, escribe en octubre de 1840. Por su parte, Mill sentencia: “Habéis cambiado el rostro de la filosofía política, habéis llevado la discusión sobre las tendencias de la sociedad, las causas de las tendencias y las influencias de las formas particulares de constitución política y orden social, a una región de una altura y profundidad tales que nadie antes que vos había penetrado”⁹. Por otro lado, estas cartas son testigo de una preocupación compartida tanto en lo que respecta a la necesidad de distinguir adecuadamente entre representación y delegación, como a los riesgos que supone el estancamiento moral e intelectual al que se encamina la sociedad moderna¹⁰. Por último, en ellas los autores

-
7. “América no era sino mi cuadro, la Democracia, el tema”, escribe el francés en una carta fechada el 19-6-1836 (Cfr. *OC.*, t. VI, p. 315).
 8. Carta fechada el 18-10-1840 (Cfr. *OC.*, T. VI, p. 330). En ella también afirma: “He hecho encuadernar vuestro artículo con un ejemplar de mi libro. Son dos cosas que deben ir juntas y que quiero llevarme siempre unidas a los ojos”.
 9. Carta de Mill a Tocqueville, fechada el 11-5-1840 (Cfr. *CW*, Vol. XIII, p. 434). A mediados de año Mill publicó un artículo sobre el trabajo de S. Bailey, “Rationale of Representation”. Entre sus primeras líneas, afirma que la ciencia política todavía se encuentra en un estado de “infancia” y comenta a pie de página que la reciente obra de Tocqueville constituye, en este sentido, “la contribución más importante a la filosofía de gobierno”. Anticipa también allí que él mismo se hará cargo de su reseña en el siguiente volumen de la revista. (Cfr. “Rationale of Representation”, *London Review* (julio de 1835), en: *CW*, Vol. XVIII, p. 18). Este elogio se reitera en 1837, en el artículo dedicado a Armand Carrel. Allí señala que, en su criterio, la obra de Tocqueville es aquella que mejor condensa la filosofía política de la época. (Cfr. “Armand Carrel”, *L&W Review* (octubre de 1837), en: *CW*, Vol. XX, p. 184).
 10. Cfr. carta de Tocqueville a Mill, fechada el 3-10-1835 (*OC.*, T. VI, pp. 302-304) y la carta que el inglés le envía como respuesta el 11-12-1835 (*CW*, Vol. XII, pp. 287-289).

se reconocen como ardientes defensores de la libertad en un mundo carente de grandes pasiones¹¹.

- *Asuntos políticos concretos de ambos países*: junto con estas apreciaciones generales que hacen al presente y futuro de la democracia, Mill y Tocqueville también intercambiaron opiniones sobre algunas cuestiones vinculadas a problemáticas puntuales de cada nación. Entre ellas, la actuación de la Cámara de los Comunes; el comportamiento de la Cámara de Diputados; las diferencias que separan al movimiento radical inglés del francés; el dictamen sobre la abolición de la esclavitud en las colonias francesas y la cuestión de Irlanda.
- *Asuntos de política exterior*: la serie de cartas fechadas entre octubre de 1840 y marzo de 1843 están recorridas por un tópico que a ambos preocupó particularmente: el conflicto desatado en Oriente M. Alí, en el que tanto Inglaterra como Francia se vieron envueltas. La reacción de ambas naciones dio lugar a una reflexión sucinta pero profunda en nuestros autores respecto del rol que debía jugar el orgullo nacional entre las naciones modernas y del verdadero significado del nacionalismo. A través de esta vía, Tocqueville se propuso explicar las razones que lo habían llevado a pronunciarse en una determinada dirección ante la Cámara de Diputados y solicitó la ayuda de su amigo a los fines de “limpiar su imagen” en la isla, especialmente después de las injurias lanzadas contra su persona por Lord Brougham.
- *Cuestiones de carácter personal*: por último, el tono cercano y amistoso que anima a estas cartas se traduce en una serie de comentarios de índole personal. Dolencias, enfermedades, casamientos, viajes e incluso dificultades en la vida intelectual de cada uno son compartidas por este medio.

En varias ocasiones, Mill y Tocqueville se reconocieron como buenos interlocutores, como hombres “capaces” con los que era

11. “Amo la libertad por gusto, la igualdad por instinto y por razón. Estas dos pasiones que tantas personas fingen tener, creo realmente sentir las en mí y estar presto a hacer por ellas grandes sacrificios. Tales son las únicas ventajas que me reconozco”, escribe Tocqueville en junio de 1835. (Cfr. *OC*, T. VI, p. 293).

posible compartir distintas ideas¹². En efecto, estas cartas –admite Mill– le proporcionaban “material para pensar en grandes problemas”, motivo por el cual “[prefería] incluso leer una de ellas antes que cualquier otra publicación mensual”¹³. En su opinión, Tocqueville no era simplemente un “intelectual distinguido” sino “uno de los más grandes pensadores y escritores de la era”, y consideraba, por tanto, que sus escritos tenían un incomparable valor “para toda Europa”¹⁴. Al igual que Royer-Collard, H. Reeve, Saint-Beuve y Salvandy, Mill reparó en las semejanzas que emparentaban a Tocqueville con Montesquieu. Finalmente, en términos personales, sus cartas revelan su alegría tras haber encontrado una suerte de “compañero de rutas”, un pensador del cual creía poder lisonjearse de tener “cierta analogía”. Por su parte, el francés tampoco escatimó sus muestras de admiración hacia Mill. En una carta fechada en agosto de 1843, Tocqueville elogia su obra sobre lógica, admite haberla leído “completamente y con la mayor atención” e incluso lo anima a continuar sus estudios sobre las ciencias sociales¹⁵. Hacia el final de su vida supo reconocerse como un “gran apreciador de [su] espíritu”, al que busca como un juez autorizado, capaz –como ningún otro– de evaluar sus escritos. “No hay otra persona cuya opinión me importe más que la vuestra”¹⁶, confiesa.

Ahora bien, este intercambio epistolar, que se dio con cierta regularidad a partir de 1835, conoció una abrupta interrupción en 1847. Recién fue reanudado cuando Tocqueville decidió adjuntar una carta a la copia de *L’Ancien Regime et la Révolution* que envió a su viejo amigo en 1856. En ella el francés se lamenta porque “hace tiempo (...) que [han] perdido la costumbre de corresponder”¹⁷.

12. Cfr. carta de Tocqueville a Mill, fechada el 3-10-1835 (*OC*, T. VI, pp. 302-303) y carta de Mill a Tocqueville, escrita el 11-12-1835 (*CW*, Vol. XII, pp. 287-289).

13. Carta de Mill a Tocqueville, fechada el 9-8-1842, en: *CW*, Vol. XIII, p. 537.

14. Carta de Mill a Tocqueville, fechada el 30-12-1840. (Cfr. *CW*, Vol. XIII, pp. 457-460).

15. Cfr. Carta a Mill, fechada el 27-8-1843 (*OC*, T. VI, p. 345).

16. Cfr. carta de Tocqueville a Mill fechada el 19-10-1856 (*OC*, T. VI, p. 351).

17. Carta de Tocqueville a Mill, fechada el 22-6-1856. (*OC*, T. VI, p. 348).

¿A qué obedece este paréntesis de casi una década? Los estudiosos han ofrecido varias explicaciones. Mayer sugirió que el *impasse* podría deberse, en principio, al hecho de que aún no se habrían encontrado las cartas restantes¹⁸. Nada parece indicar, al menos en el caso de Tocqueville, que hubiera habido un cambio en el aprecio que él sentía hacia Mill. F. Hayek, sin embargo, creyó ver aquí la huella de Harriet Taylor, amiga y luego esposa del inglés, quien habría desalentado la relación en virtud de la pobre opinión que ella guardaba sobre Tocqueville. Esta hipótesis se apoya en el contenido de una carta que Harriet envió a Mill en julio de 1849, en la que decía que el francés tenía un intelecto estrecho, una débil contextura moral y era un hombre malcriado y “chismoso”¹⁹. Sin negar el impacto que esta mirada peyorativa pudo haber tenido sobre Mill, cabe preguntarse si ésta sola alcanza para explicar la interrupción de una correspondencia que años antes se había mostrado tan fructífera. Por otra parte, resulta al menos extraño que recién después de catorce años de amistad, la antipatía que Harriet sentía por Tocqueville hubiera dado sus frutos²⁰. En tal caso, además, habría que explicar por qué razón ésta había sido avalada o tolerada durante la década anterior.

También para H. O. Pappé esta intermisión fue claramente intencional aunque obedeció a motivos diferentes. Este historiador centra su argumento en el intercambio de cartas de 1842 y 1843 en las que el inglés manifiesta su desconcierto ante la actitud adoptada por Francia durante el conflicto de Oriente. En su opinión, Mill quedó decepcionado por el comportamiento de su par francés, a quien decidió “castigar” con su silencio²¹. De todas formas, una lectura detallada de las opiniones vertidas en estas cartas no revelan tal distanciamiento. Es más, Mill acepta y comparte las explicaciones dadas por Tocqueville y lo defiende públi-

18. Cfr. MAYER, J. P., “Introduction” en: Tocqueville, A., *OC*, T. VI, p. 16.

19. Carta enviada por Harriet Taylor a Mill el 9-7-1849, citada por Hayek, F., *John Stuart Mill and Harriet Taylor*, London, 1951, p. 156. Cabe señalar que Hayek fue quien tuvo a su cargo la edición de la correspondencia entre Harriet y Mill. Cfr. “Introduction” en: MILL, J. S., *CW*, Vol. XII.

20. Es preciso recordar que Mill y Harriet se conocían desde 1832.

21. Cfr. PAPPÉ, H. O., “Mill and Tocqueville”, *Journal of the History of Ideas*, XXV, 1964, pp. 217-234. Esta opinión es compartida por CAIRNS, J. C., “Introduction”, en: MILL, J. S., *CW*, Vol. XX.

camente en el *Morning Chronicle*²². Su empatía no parece haber mermado. De hecho, afirma que ha leído “con gran admiración” el discurso que aquél había pronunciado ante la Academia Francesa, y –si bien se reconoce como un “mal corresponsal”–, lo alienta a conservar la comunicación que los une²³.

Frente a estas respuestas, cabe sostener que el silencio de Mill (si es que acaso tal silencio existió) debe ser leído en sintonía con las características particulares que esa década tuvo en su vida personal. Según apunta Ann Robson, entre diciembre de 1847 y julio de 1858, Mill se sometió a una suerte de autorreclusión²⁴. Volvió a atravesar un período de depresión en el cual ni el éxito alcanzado por la publicación de *System of Logic* (1843) y *Principles of Political Economy* (1848), ni las reformas que habían tenido lugar en el suelo inglés (abolición de la esclavitud, abolición de leyes de granos, reforma del Parlamento, legislación para las nacientes industrias, entre otras) alcanzaban a satisfacer su espíritu. Como escribe en su *Autobiography*, era consciente de que el público inglés había logrado sacudirse de ciertos errores, pero sin embargo no había conseguido alterar la disciplina general de su mente, ni en el orden intelectual ni en el orden moral²⁵. Este estado anímico coincidió a su vez con la muerte de John Taylor y su posterior casamiento con Harriet, una relación que pocos aceptaron en su entorno más cercano.

En otras palabras, lo que se intenta señalar es que a la hora de estudiar el contacto mantenido por estos dos autores, el impacto que cada uno ejerció sobre las ideas del otro y de comparar el diagnóstico que ambos ofrecieron sobre la naciente sociedad democrática, resulta necesario considerar –al menos brevemente– el contexto biográfico y discursivo en el que cada uno se vio inmerso. Ello permitirá detectar cuáles fueron los temas por los que se interesaron, las influencias a las que estuvieron sujetos, los recorridos intelectuales por los que caminaron y las actividades

22. Cfr. “Lord Brougham and M. de Tocqueville”, *Morning Chronicle*, 20-2-1843, *CW*, Vol. XXIV, pp. 841-844. Con respecto a postura asumida por ambos pensadores en la cuestión de Oriente, ver pp. 292-294 del tercer apartado.

23. Cfr. Carta de Mill a Tocqueville, fechada el 9-8-1842, en: *CW*, Vol. XIII, p. 537.

24. Cfr. ROBSON, A., “Introduction”, en: MILL, J. S., *CW*, Vol. XXII.

25. Cfr. MILL, J. S., *Autobiography*, en: *CW*, Vol. I, p. 245.

públicas en las que se vieron envueltos. En definitiva, permitirá conocer cuál era el “estado intelectual” que acompañaba a cada uno al momento de su encuentro. A tal fin estarán dedicados los dos capítulos siguientes.



Capítulo II

John Stuart Mill

A Brady, en la Introducción al volumen XVIII de las obras completas de Mill, se basa en las palabras que aquél dejó apuntadas en su *Autobiography* para dividir en tres grandes etapas su desarrollo como pensador político y social. La primera abarca su juventud y se extiende hasta su conocida crisis del año 26. En dicho período el joven Mill fue formado en el estricto credo utilitario gracias a la esmerada dedicación que le prodigaron su padre, James Mill, y Jeremy Bentham. El segundo momento, quizá el más fructífero desde el punto de vista de la formación de sus propias ideas, se extiende desde la superación de su crisis, entre 1826 y 1830 hasta el final de la década del treinta, cuando se eclipsa el movimiento de los filósofos radicales. Durante estos años cruciales Mill repensó la herencia recibida a la luz de importantes influencias con las que entró en contacto. La última etapa abarca, entonces, los inicios de la década de 1840 y se prolonga hasta el fin de sus días en 1873. Etapa de madurez, en la que el autor alcanzó una mirada más estable y publicó sus obras más reconocidas en materia de pensamiento político¹.

Como se indicó previamente, escapa a las intenciones del presente trabajo brindar una detallada biografía de los autores escogidos. Más bien, el objetivo detrás de este capítulo y del siguiente es puntualizar los aspectos más relevantes en lo que hace a la formación intelectual de cada uno y al modo en que se vincula-

1. BRADY, A., "Introduction", en: MILL, J.S., *CW*, Vol. XVIII.

ron con la realidad que les tocó vivir. En el caso de Mill, se destacarán aquí tan sólo tres dimensiones: (1) la formación recibida, (2) la crisis intelectual de 1826 y la apertura a nuevas influencias y (3) su labor periodística hasta finales de la década del treinta.

— 1 —

La formación del alumno dilecto. Nociones y habilidades adquiridas

La educación de J.S. Mill llamó la atención de todos sus biógrafos y son pocos los trabajos dedicados a este autor en los que no se menciona aquella sorprendente tarea en la que estuvo abocado de forma personal su propio padre. Los primeros tres capítulos de su *Autobiography* consisten básicamente en un “*racconto*” de una interminable lista de autores y “asignaturas” en las que fue introducido tempranamente este alumno dilecto. De los 8 a los 16 años leyó, entre otras, las obras de Roberston, Hume, Gibbon, Watson, Hooke, Rollin, Burnet, Millar, Defoe, Hobbes, Ricardo, Smith, Locke, Berkeley, Helvétius, Condillac y Newton. Entre los clásicos, también conoció los trabajos de Homero, Tucídides, Platón, los grandes trágicos y comediantes griegos, Jenofonte, Euclides, Plutarco, Demóstenes, Cicerón, Virgilio, Julio César, Cornelio Nepote, Tito Livio, Ovidio, Tácito y Quintiliano. Desde muy chico aprendió el griego y el latín y durante su primer viaje a Francia en 1820 perfeccionó sus estudios del francés, idioma que llegaría a manejar con fluidez. Por último también aprendió alemán junto a sus compañeros de la *Society of Students of Mental Philosophy* alrededor de 1825.

Más allá de la gran cantidad de libros leídos y autores discutidos en sus primeros años de formación, cabe reparar en dos importantes habilidades que Mill recuerda haber adquirido durante esta etapa y que capitalizaría más adelante. En primer lugar, aprendió de su padre el arte de “diseccionar los argumentos” de todo escrito que llegaba a sus manos con el objeto de descubrir en ellos tanto sus fortalezas como sus debilidades². Este ejercicio no se limitaba al análisis de pensamientos ajenos, sino que

2. *Autobiography*, p. 23.

también era aplicado con el mismo rigor a sus propias ideas. Abundan los ejemplos que se podrían traer a colación sobre este punto. Cualquiera que lea con atención sus principales obras se encuentra con frecuencia con este recurso por medio del cual Mill se adelanta a las posibles objeciones que sus ideas podrían llegar a suscitar entre otros pensadores, y se ocupa explícitamente de responderlas en sus textos. En cierto sentido, se respira en ellos el aire socrático que Mill descubrió con admiración tras la lectura de los diálogos platónicos³. Por otra parte, su afición por la lógica, disciplina que comenzó a estudiar a los doce años, también puede ser leída desde esta perspectiva. Ella le proveía de las herramientas necesarias para “luchar por sí mismo” –tal como afirma en varias ocasiones– y sortear las dificultades que solían presentarse en su camino intelectual⁴.

Esta capacidad de autocrítica y rigurosidad analítica contribuirán, a su vez, a convertir a Mill en uno de los grandes polemistas del siglo. En efecto, desde joven manifestó una constante inclinación por el debate, ámbito propicio para el intercambio de ideas. Como afirma M. Packe, debatir era considerado por Mill un “excelente deporte, así como también una manera útil para entrenar la mente y clarificar la expresión”⁵. De movida, en el invierno de 1822-1823 fundó una pequeña sociedad, a la que apodó *The Utilitarian Society*, compuesta por entre tres y diez miembros que se reunían quincenalmente en la casa de Bentham

-
3. De hecho, él mismo se reconoce abiertamente como un alumno de Platón. En su ejercicio autobiográfico pueden leerse las siguientes líneas: “El método socrático, del cual los diálogos platónicos son el mejor ejemplo, no ha sido superado como disciplina para corregir errores y aclarar las confusiones que acechan al *intellectus sibi permissus*, es decir, al entendimiento que ha organizado sus asociaciones guiándose de la fraseología popular” (*Autobiography*, p. 25).
 4. Cfr. *Autobiography*, p. 35, y también la carta enviada a T. Carlyle el 18-5-1833, en: *CW*; Vol. XII, pp. 153-156. En esta última comenta que se encuentra en un estado “reciente y pasajero” en el que debe procesar diferentes teorías que se encuentran en conflicto. Frente a semejante escenario confiesa que su deber consiste en luchar por sí solo para superar las dificultades o perplejidades que se le presentan.
 5. PACKE, M., *The life of John Stuart Mill*, Londres, 1954, p. 52. Collini, por su parte, afirma que Mill fue “un controversialista hábil y brillante” (*Public Moralists: political thought and intellectual life in Great Britain 1850-1930*. Oxford, Oxford University Press, 1991, p. 121).

con el propósito de leer ensayos y discutir sus principales ideas. Mill reconoce en su *Autobiography* que él ejerció cierto liderazgo sobre sus compañeros, entre quienes recuerda a W. E. Tooke, W. Ellis, G. Graham y J. A. Roebuck. Hacia 1825 comenzó a participar de las conversaciones matinales que tenían lugar en la casa de Grote dos veces por semana. Asistía regularmente antes de ingresar a su trabajo en la *East Indian Company*, organismo al que había ingresado en 1823⁶. En ellas se leían los textos de su padre, J. Mill, de Ricardo, Bailey, Du Trieu, Whately, Hobbes y Hartley, y se discutían temas relativos a economía política, lógica y psicología analítica. Mill sitúa por estos años los inicios de su pensamiento independiente y del lento cultivo de aquél hábito que lo acompañará siempre, consistente en no abandonar un problema sin volver sobre él las veces que fuera necesario hasta resolverlo. Este ejercicio le sirvió para ser claro en sus exposiciones, aspecto en el que supo reconocerse exitoso.

Por último, y correlativamente a su participación de estas charlas matinales, entre fines del 1825 y el 1829 Mill formó parte de un nuevo grupo de discusión, llamado *London Debating Society*, el cual congregaba a numerosos miembros entre los que se contaban algunos pertenecientes a los círculos universitarios de Cambridge y Oxford. La mayoría venía de las filas liberales aunque no faltaron representantes del partido tory. Charles Austin, Macaulay, Thirlwall, Wilberforce, Thomson, Fonblanque y Edward y H. Lyton Bulwer eran algunos de ellos. A raíz de su primer desencanto con la actuación de las personalidades más destacadas que se daban cita en estas reuniones, sus intervenciones se fueron acrecentando y terminó por hablar en casi todos los debates⁷.

6. En ella trabajó hasta 1858. Según los cálculos de Harris, durante estos 35 años Mill escribió cerca de 1.700 despachos. Cfr. HARRIS, A. L., "John Stuart Mill: servant of the East India Company", *The Canadian Journal of Economics and Political Science*, Vol. 30, 2, 1964, pp. 185-202.

7. Los discursos pronunciados en estas reuniones se encuentran reunidos en el volumen XXVI de sus obras completas. Entre ellos se destacan: "Influence of the Aristocracy" (1825), "The Universities" (1826), "The British Constitution" (1826), "The use of History" (1827), "The present state of literature" (1827), "Wordsworth and Byron" (1829) y "Montesquieu" (1829).

Los recuerda como excelentes ejemplos de discusiones polémicas sobre los principales asuntos de la política⁸.

Otro aspecto a tener en cuenta durante su temprana formación –aspecto que resalta el mismo Mill– guarda relación con un ejercicio que su padre comenzó a exigirle en 1819. Durante aquél año, James Mill se dedicó a enseñarle las nociones fundamentales de economía política en unas largas caminatas que compartían diariamente. Como fruto de las mismas, John Stuart debía elaborar una suerte de “*compte rendu*”, en el que debía asentar las ideas principales sobre las que habían discutido. Aparentemente, estos resúmenes fueron de gran utilidad para el trabajo que posteriormente emprendió su padre sobre la economía política. Lo cierto es que la escritura se fue convirtiendo en un afianzado hábito en este alumno aplicado, hábito que incluso fue perfeccionado aún más cuando tuvo que ayudar a corregir las pruebas de lo que se convertiría en uno de los grandes libros de James Mill, *History of British India*. De modo que el joven Mill adquirió tempranamente las habilidades editoriales que desarrolló profusamente a lo largo de toda su vida. Según apunta N. Capaldi, Mill tenía por costumbre realizar varios borradores de sus principales textos, en los que solía trabajar incansablemente editando su propio trabajo. Había aprendido desde chico que “no había buena escritura, sino sólo una buena reescritura”⁹.

Como es bien sabido, la formación del joven Mill estuvo dirigida hacia un objetivo central: moldear un reformador del mundo.

-
8. También por esta misma época Mill recuerda que se había formado la *Cooperative Society*, en la que se reunían los seguidores de Owen. Ambas sociedades solían debatir cuestiones relativas a la economía política, el crecimiento de la población, la educación, el comercio, la libertad y los méritos del socialismo.
 9. CAPALDI, N., *op. cit.*, p. 52. En la nota preliminar a los *Chapters on Socialism*, H. Taylor recuerda este hábito de la reescritura característico de su padrastro. (Cfr. *CW*, Vol. V, p. 705). Cabe señalar que Tocqueville compartía esta costumbre y de hecho solía dar a leer a sus amigos y parientes los capítulos de sus obras a medida que los iba escribiendo. A este respecto, la edición crítica de la *Démocratie* presentada por E. Nolla constituye un inmejorable espejo del modo en que Tocqueville trabajaba. Ella contiene las notas y oraciones que fueron suprimidas en la versión final, pero que dan cuenta de este ejercicio editorial. Incluye también fragmentos de las cartas que recibía de sus principales interlocutores y en las que se debatía puntualmente alguno de los temas por él analizados.

Meta con la que él mismo se sintió plenamente identificado y en virtud de la cual los sacrificios realizados encontraban plena justificación. Así, al menos, hasta su adolescencia y primera juventud.

— 2 —

Una crisis en su historia mental. Nuevas influencias

1826 constituye un año clave en la vida de John Stuart Mill. Fue el año en que “despertó del sueño” en que se encontraba sumido y toda la plataforma sobre la cual había ido construyendo su vida comenzó a tambalear. Muchos se han preguntado por el motivo último de esta crisis y varias explicaciones se han ofrecido. En un intento por arrojar claridad en este asunto, M. Green¹⁰ identifica tres grandes líneas interpretativas: por un lado, se encuentra el juicio de sus primeros biógrafos, A. Bain y L. Stephen¹¹. Ellos estimaron esta crisis como una consecuencia del exceso de trabajo en el que Mill se encontraba inmerso. Desde otra perspectiva, abundan los trabajos de quienes hacen una lectura psicológica del proceso y lo entienden como un “quiebre nervioso”. Dentro de este grupo es posible distinguir entre quienes creen que el quiebre se debió a una suerte de conflicto de Edipo, en el que el deseo reprimido de ver muerto a su padre entró en tensión con los sentimientos de culpa consecuentes¹², y quienes aducen como causa principal de este estado la toma de conciencia de Mill respecto de que su intelecto sobredesarrollado lo había inhabilitado para tener sentimientos¹³.

Green descarta estas tres posibles explicaciones porque, a su entender, evidencian una mala lectura del relato que el propio Mill ofrece sobre este proceso. En su *Autobiography* él describe

10. Cfr. GREEN, M. “Sympathy and self-interest: the crisis in Mill’s mental history”, *Utilitas* 1, 1989, pp. 259-277.

11. Cfr. BAIN, A., *John Stuart Mill: a criticism with personal recollections*, New York, 1886, p. 38 y STEPHEN, L., *The English Utilitarians*, Londres, 1900, Vol. III, p. 19.

12. Cfr. LEVI, A.W. “The mental crisis of J.S. Mill”, *Psychoanalytic Review*, vol. 32, 1945 y MAZLISH, B., *James and John Stuart Mill*. Londres, Hutchinson, 1975.

13. Green ubica dentro de este grupo las obras de BORCHARD, R., *John Stuart Mill: The Man*. Londres, 1957; SHARPLESS, F. P., *The Literary Criticism of John Stuart Mill*, The Hague, 1967 y la de KAHN, J., *John Stuart Mill in Love*, Londres, 1977.